



## CAPÍTULO XIV

### LOS ÁNGELES DE DIOS

#### I

**S**UBLIMES SON, en verdad, las enseñanzas de la teología acerca de los santos ángeles. Después de haber demostrado su existencia, la teología nos habla de la inteligencia y de la voluntad de los espíritus celestiales, de la gracia con que Dios se dignó embellecerlos, de sus relaciones con los hombres y de otras maravillas de la omnipotencia y la bondad divinas para con ellos.

Sobre la existencia de los ángeles, dice San Agustín: Sabemos por la fe que existen, y por la santa Escritura nos consta que han aparecido á muchos, y no es lícito dudarlos (1). San Gregorio dice también: Casi todas las páginas

(1) Serm. I, in Ps. 102.

de la Escritura testifican que hay ángeles y arcángeles (1).

El Ángel de las Escuelas dícenos que, para conseguir la última perfección del universo, conviene que las criaturas vuelvan á su principio, y por lo mismo, para la perfección de éstas es necesario que algunas sean inteligentes.—Las criaturas vuelven á su principio en cuanto llevan la semejanza de este mismo, según el sér y la naturaleza en que tienen su perfección; más el entendimiento divino es el principio que las produce; á éste, pues, tendrán que asemejarse.

La vuelta de las criaturas á su divino principio, que reclama la absoluta perfección del universo, no sólo pide la semejanza por naturaleza, sino además por perfección, y ésta no puede ser sino la de entendimiento y voluntad porque Dios no obra ni en cuanto á sí mismo de otra manera. Además, la suma perfección de las cosas exige que haya algunas criaturas que obren como Dios lo hace, y convino, por lo mismo, que hubiese substancias espirituales. Dios obra por el entendimiento y la voluntad.

La perfección del universo á que nos hemos referido, pide asimismo la semejanza con Dios, no solamente según la forma, sino también según el modo de ser de esta misma en cuanto sea posible, porque esta segunda semejanza es más perfecta que la primera. Fue conveniente,

(1) Hom. 34, In Evang.

pues, que existiesen algunas criaturas en las que la forma del entendimiento divino se representase según el sér inteligible. La forma por la que Dios obra en la criatura tiene el modo inteligible del sér.

Para que la semejanza de Dios existiese en las criaturas según todos los modos posibles, no en absoluto posibles, sino aquellos que se refieren al universo, era conveniente que la bondad divina se les comunicase, no sólo por la semejanza en el sér, sino también en el conocimiento, porque de estos modos existe la semejanza de uno en otro; mas sólo el entendimiento puede conocer la divina bondad (1).

Estas substancias espirituales de que hablamos son formas subsistentes, pero no materiales, porque de otra suerte sus naturalezas no tendrían propiamente el sér, sino los compuestos; tendrían sér material como si estuviesen compuestas de forma y materia; ni obrarían por sí mismas, sino el compuesto obraría por medio de ellas; ni entenderían ellas mismas, sino el compuesto de las mismas y la materia, y el entendimiento sería compuesto de materia y forma (2).

La inteligencia de los ángeles es una maravilla que arrebató y encanta nuestras almas.

(1) *Cmtr. Gent.* Lib. II, cap. XLVI.—Ferrariensis hic.

(2) D. Thom. cit., cap. LI. *Loquitur S. Thomas de natura intellectuali in quantum intellectualis est, et quae tota est intellectualis.*—Ferrariensis hic.

Su entender no es su substancia; esto es propio únicamente de Dios, que es un acto puro. La razón de lo dicho es manifiesta: la acción es la actualidad de la potencia, como el existir es la actualidad de la substancia; mas repugna que lo que no es puro acto y que tiene algo de potencia sea su actualidad. Así también la acción del ángel no es su existencia. Si se trata de una acción exterior, ésta no puede ser el mismo existir del agente, cuya existencia se significa dentro del mismo. Si de la acción interior tiene ésta por su naturaleza infinidad, sea simplemente como entender y querer, cuyos objetos se convierten con el ente, ó bien aquella infinidad lo sea en algo (*secundum quid*) como el sentir; mas la existencia de cada criatura está determinada á una sola cosa, según el género y la especie, y únicamente el Sér de Dios es simplemente infinito, pues comprende en sí todas las cosas, y por lo mismo sólo el Sér de Dios es el divino querer y entender.

Ni en el ángel ni en otra alguna criatura, la virtud ó potencia operativa es lo mismo que su esencia. Á los ángeles sólo corresponden, de las potencias cognoscitivas, la inteligencia y la voluntad, siendo conveniente para el orden del universo que la suprema criatura intelectual, que es el ángel, sea totalmente intelectual, y no en parte como nuestra alma; sin embargo, el ángel no puede conocer todas las cosas por su esencia, sino que su entendimiento necesita perfeccionarse al efecto por medio de algunas

especies, que no reciben de los objetos, sino que les son connaturales ó congénitas; y cuanto más elevado es un ángel, tanto menor es el número de especies más universales por las que conoce las cosas inteligibles. El ángel se conoce á sí mismo por su forma inteligible, que es su substancia. En cada ángel infundió el Señor la razón de su especie, según su sér natural é intelectual juntamente, para que subsistiera en la naturaleza de su especie, y por ella se conociese á sí mismo; y las razones de las otras naturalezas le han sido impresas únicamente, según su sér intelectual, de manera que por medio de tales especies conociese á las criaturas corporales y espirituales. El ángel puede conocer á Dios de alguna manera por sus facultades naturales, aunque no por ellas ve la esencia divina. La imagen de Dios está impresa en la naturaleza del ángel, y por esto le conoce, según que tal naturaleza es semejanza de Dios; mas como tal semejanza no es suficiente para representar la esencia divina, por esto no ve la misma esencia de Dios por medio de tal semejanza, siendo, como es, la naturaleza angélica un espejo que representa la divina imagen. Conoce el ángel las cosas materiales por las especies inteligibles que existen en él, porque todo lo que existe en un sér está en él, según la manera de este mismo; y siendo los ángeles intelectuales por naturaleza, síguese que, así como Dios conoce las cosas naturales por su esencia, los ángeles, por su parte, las conocen por cuan-

to existen en ellos por sus especies inteligibles. El ángel conoce las cosas singulares, no solamente en sus causas universales, sino como son en sí mismas, por medio de las especies que Dios ha impreso en ellos y por su única virtud intelectual. Conoce el ángel las cosas futuras en sus causas, tanto más perfectamente que nosotros, cuanto conoce tales causas mejor y más universalmente que nosotros. Conoce con certidumbre los efectos futuros en sus causas necesarias, y sólo por conjetura los que suceden ordinariamente, mas no los que suceden raras veces, siendo Dios el único que conoce todas las cosas futuras como son en sí mismas. El ángel ve al Verbo y las cosas en el Verbo, y por tal visión conoce los misterios de la gracia; mas no todos, sino sólo aquellos que Dios quiere revelarle y en la medida que se digna hacerlo.—El entendimiento del ángel nunca está en potencia, cual si estuviese en conocimiento habitual de lo que es naturalmente accesible á su inteligencia; mas puede estarlo en cuanto se le comunica la revelación divina; y jamás lo está respecto del Verbo ni de las cosas que en Él ve, porque le contempla sin descanso y siempre tiene presente lo que en Él se le manifiesta. Esta es su verdadera dicha, que no consiste en hábito, sino en acto, y cuanto descubre en el Verbo lo conoce al mismo tiempo; y en cuanto á lo que conoce por medio de las especies innatas, puede entender á la vez las que son conocidas por una sola especie, no las que

lo son por diversas. Aprende cuanto conoce sin discurrir de lo conocido á lo desconocido, porque ve instantáneamente en la idea del principio que conoce todas sus conclusiones; no conoce dividiendo y componiendo.

Hay en el ángel un conocimiento que se llama matutino, por el cual conoce las cosas en su primera causa, el Verbo de Dios, y otro vespertino, por el cual las conoce en sí mismas.

Siendo el ángel naturaleza intelectual, hay en él amor natural, dilección natural y electiva, siendo la primera el principio de ésta, y esto, aunque tiene un solo conocimiento natural; se ama á sí mismo naturalmente y con dilección electiva; ama á Dios más que á sí mismo con dilección natural, como á Bien universal de toda criatura.

El ángel fue criado feliz con aquella dicha que pudo alcanzar por la virtud de su naturaleza; mas su última dicha no la consiguió inmediatamente en el principio de su creación, sino que fue dichoso por su conversión á Dios mediante el auxilio de la gracia; y es más probable y más conforme al sentir de los Santos, que fue criado en la gracia santificante, y mediante la gracia que recibió de Dios en su creación alcanzó su eterna dicha inmediatamente después de su primer acto de caridad (1).

El número de los espíritus celestiales es verdaderamente incalculable, y la razón de esto,

(1) D. Th. I, P. Q. L.

es que siendo la perfección del universo lo que principalmente Dios se ha propuesto en la creación de las cosas, cuanto éstas son más perfectas con tanta mayor profusión las ha creado; porque así como en los cuerpos se aprecia el exceso por la magnitud, así puede estimarse la superioridad de las substancias incorpóreas en razón de su multitud. Es, pues, razonable que éstas excedan incomparablemente en multitud á las materiales (1).

Dividense los ángeles en tres jerarquías, abrazando cada una tres cosas. La primera se compone de los serafines, los querubines y los tronos. Llámase asistente, porque siempre está delante del trono de Dios, y en ella resplandecen el amor, la sabiduría y el poder del supremo Creador.

La segunda se compone de las virtudes, las dominaciones y las potestades. Llámase de imperio, y por ella reina Dios sobre todo el mundo como soberano Señor.

Finalmente, están en la tercera los principados, los arcángeles y los ángeles. Llámase de ejecución, porque ejecutan las órdenes de Dios sobre los reinos y naciones, y sobre los hombres en particular.

Los ángeles superiores iluminan á los inferiores manifestándoles alguna verdad, no simplemente, pues esto se hace por la simple locución, sino disponiendo y adaptando la verdad

(1) Q. L. a III.

para que pueda ser percibida. La primera jerarquía recibe inmediatamente de Dios, y ésta da á la segunda, la cual á su vez comunica á la tercera; perfeccionan comunicando su amor; ilustran derramando su luz, y purifican separando todo apego del sér criado para unirle al Sér por excelencia (1).

## II

Las relaciones de los ángeles con los hombres son encantadoras y admirables. Dios les ha destinado para que nos guarden. El ángel del Señor, decía David, asistirá alrededor de los que le temen.—Dios mandó á sus ángeles para que cuidasen de tí; ellos te guardarán en todos tus caminos; te llevarán en las palmas de sus manos para que no tropiece tu pie en alguna piedra (2). Los ángeles iluminan nuestro entendimiento, nos enseñan é instruyen, nos sugieren buenos pensamientos, excitan nuestra voluntad hacia el bien exhortándonos y persuadiéndonos, nos ofrecen ocasiones para practicar la virtud y alejar de nosotros los peligros de la culpa, presentan á Dios nuestras súplicas y ruegan por nosotros; alejan la peste, nos asisten á la hora de la muerte y reprimen el furor de los demonios para que no nos dañen

(1) Dionís. *De Coel. Hier.*, cap. V.

(2) Ps. XXXIII, 8.—XC, 11, 12.

ó no lo hagan cuanto quieran. ¡Oh cuántos son los bienes que debemos al favor de los ángeles, á su constante y amorosa custodia! Debemos, pues, honrarles y tener para con ellos singular veneración, tanto por su dignidad excelentísima como porque en ellos honramos al que se digna enviarles en nuestro socorro.

Dios mandó á sus ángeles que cuidasen de tí. Admirable dignación, dice San Bernardo; dignación que revela el amor de Dios hacia nosotros. ¿Quién fue el que mandó y á quiénes, y qué fue lo que mandó? El que todo lo puede por sí mismo y que todo lo sostiene con la virtud de su palabra, y que para hacernos bien quiso servirse del ministerio de sus ángeles, espíritus sublimes que siempre existen delante de la soberana Majestad, y que son los domésticos de Dios: les mandó que te guardasen. ¿Quién es el hombre, oh Señor, para que de él te dignes acordar y le trates con tanto miramiento, como si no fuese podredumbre y gusanos?

Mandó el Señor que te guardasen. Esta palabra debe llenarnos de profunda reverencia, de una devoción muy tierna y de una confianza muy grande. Siempre están con nosotros los ángeles de Dios; debemos, pues, reverenciarlos. Nos aman con ternura; pagaremos su amable deferencia con la devoción de nuestras almas. Nos guardan y defienden con el poder de su brazo; tengamos en ellos una confianza muy grande. Que en todas partes nos acompañen la

vigilancia y la modestia, ya que jamás se separan de nosotros los ángeles de Dios. En todo tiempo y lugar tengamos reverencia á nuestros ángeles custodios amándoles en Dios, que se ha dignado ponernos bajo el amparo de tan poderosos como amables protectores. ¿Qué temeremos estando bajo las alas de su santa protección? No pueden ser vencidos ni engañados, y mucho menos pueden engañar los que nos guardan en todas nuestras sendas. Son fieles, prudentes, poderosos: ¿qué podemos temer? Sigamos sus inspiraciones, unámonos á ellos y descansenos llenos de paz y de consuelo en la protección de Dios Nuestro Señor; y si la tentación se nos acerca ó los trabajos y amarguras de la vida nos afligen, invoquemos á nuestro ángel custodio, que nos lleva por las sendas de la virtud y nos socorre en todos los peligros; clamemos á él diciendo: Sálvanos, Señor, que perecemos (1).

En los espíritus celestiales, nos dijo también San Bernardo, no sólo hallamos una dignidad admirable, sino, además, una amable condescendencia, y si no comprendemos la grandeza de su gloria, hagamos por conseguir la clemencia en que abundan los domésticos de Dios, los ciudadanos celestiales, los príncipes del paraíso. El Apóstol de las gentes, arrebatado hasta el tercer cielo y conocedor de sus secretos, nos dice que los ángeles hacen el oficio de servido-

(1) In ps. XC.

res, como enviados por Dios para ejercer su ministerio en favor de los que deben ser herederos de la salud. Que el Criador y Rey de los ángeles no vino á ser servido, sino á servir y á dar su vida por la salvación de los hombres, y que por lo mismo no es de admirar que los ángeles desempeñen cerca de nosotros su celestial ministerio. Nos sirven por causa del Señor, y lo hacen con santa voluntad y con inmenso gozo. Nos aman porque Jesucristo nos amó. Aumentemos, pues, nuestra confianza en ellos é invoquemos en nuestras necesidades su auxilio, poderoso y caminemos dignamente en su presencia á fin de conciliarnos su gracia, obtener su benevolencia é inclinar hacia nosotros su bondad. Pensemos con qué cuidado es indispensable andar delante de ellos para no desagradarles. ¡Ay de nosotros si los santos ángeles, por nuestra mala conducta, nos juzgan indignos de su presencia y auxilio! Llenos de tristeza pudiéramos decir con el Profeta: Mis amigos se han alejado, los que antes estaban conmigo. Evitemos lo que pueda ofenderles y practiquemos las virtudes que tanto les agradan, como son la templanza y la castidad, la pobreza voluntaria, la oración y la rectitud en todas nuestras obras. Además de todo esto, los ángeles de la paz exigen de nosotros la unidad de espíritu y la paz y la concordia con nuestros hermanos.

Los ángeles de Dios, sublimes por su dignidad, cual si pudieran olvidar la propia gloria

se ocupan sin descanso en nuestro bien. ¡Qué solicitud la suya para con nosotros, tan amable y llena de bondad! Dios les manda que nos cuiden, y ellos tienen sus delicias en cumplir la voluntad de su Criador. Trátase de la gloria del Altísimo y de la salvación de nuestras almas, y ellos, que son ardiente llama de divina caridad, abrasados en el celo de Dios y amándonos con incomparable y santa caridad, vuelan sin detenerse un instante á socorrernos; alumbran nuestros ojos, sostienen nuestros pasos y separan todos los obstáculos que nos impiden seguir por el camino de la vida eterna; disipan nuestras dudas é infunden celestial consuelo en nuestras almas en las horas de amargo sufrimiento; tenemos, pues, no sólo que confiar en ellos é invocar su auxilio y venerarles por su dignidad sublime, si que también debemos amarles y demostrar con nuestros obsequios nuestra inmensa gratitud para con ellos.

Desde este punto de vista, la devoción para con los santos ángeles es verdaderamente sublime y llena nuestras almas de delicias. ¡Qué interés tan noble y generoso el que tienen por salvarnos! No se alejan jamás de nuestro lado ni olvidan nuestra causa delante del Señor. Si nos inspiran pensamientos de virtud, siempre lo hacen con una delicadeza y una suavidad encantadoras; inclinan nuestra voluntad al bien, no sólo sin inferirnos violencia, sino infundiendo en el alma celestial dulzura y una fortaleza que la reanima y consuela.

Los santos ángeles son, en verdad, nuestros amigos, nuestros hermanos, que no procuran otra cosa que el hacernos bien. Son nuestros amigos, y por esto llénanse de gozo si caminamos por las sendas de Dios, así como también cuando volvemos de los extravíos de la culpa.

Son nuestros amigos, y por esto desean asociarnos á su misma dicha, y quieren que en su amable compañía bendigamos para siempre á Dios Nuestro Señor.

Son nuestros hermanos porque tienen el mismo Padre que nosotros. Muy superiores á los hombres, tienen para con éstos los más nobles sentimientos de benignidad y de dulzura, y si bien no ignoran que aquéllos están destinados á participar de la herencia de los cielos, de la vista de Dios, no sienten envidia, mas antes trabajan cuanto pueden á fin de que lleguen los hombres á la patria celestial.

Hermanos, amigos, custodios y abogados nuestros, debemos amarles con singular cariño, y ser agradecidos á los incontables y grandes beneficios que se dignan dispensarnos.

¡Oh ángeles de Dios, cubridnos con las amorosas alas de vuestra protección! Alumbrad nuestros ojos, dirigid nuestros pasos, sostenednos y dadnos la victoria en los combates contra nuestros enemigos; no os alejéis de nuestro lado ya que no ignorais nuestra miseria y cuántos son los peligros que nos cercan, y

como nuestros enemigos no duermen ni descansan para hacernos mal; reprimid su furor y haced que se retiren de nosotros, y con vuestro santo y poderoso auxilio libradnos de todos los peligros.



## CAPÍTULO XV

LOS PRÍNCIPES CELESTIALES: MIGUEL,  
RAFAEL Y GABRIEL

### I

**H**ABLANDO San Gregorio de los tres príncipes celestiales, Miguel, Rafael y Gabriel, dice lo siguiente: Miguel es enviado por Dios Nuestro Señor, siempre que Su Majestad quiere hacer ostentación de su poder infinito, para que se entienda que sólo Dios puede realizar las maravillas del poder divino. Por esto, cuando el antiguo enemigo que por su soberbia quiso ser semejante al Altísimo, diciendo: subiré al cielo y asentaré mi trono sobre los astros del firmamento y seré semejante al Altísimo; cuando ese ángel caído, decimos, al llegar el fin del mundo, combata con el arcángel Miguel, éste otra vez confundirá al soberbio.

Respecto de Gabriel, dice lo siguiente: Él es llamado fortaleza de Dios; y Dios le envió á la